

ARZOBISPO  
*Braulio Rodríguez Plaza*

## **Homilía**

VIII JORNADA POR LA VIDA 2009

# **Vigilia por la vida**

25 de marzo de 2009

---

Mis queridos hermanos:

Os saludo y os agradezco de corazón vuestra presencia en la Catedral en esta fiesta de la Encarnación de Cristo, tras el anuncio del Ángel y la aceptación de nuestra Señora a ser Madre del Hijo de Dios. La solemnidad es una perla pascual engastada en la Cuaresma, una celebración muy querida por los cristianos: el que era eterno Hijo del Padre se encarna en María y comienza su vida humana, pues será alumbrado nueve meses más tarde. En esto a Jesús le sucede como a cada uno de nosotros: al ser engendrados por nuestros padres, comienza nuestra vida, vida de persona concreta, única, que nueve meses más tarde, día más, día menos, somos dados a luz. Es el día del comienzo de la vida, y por ello, de acción de gracias, de felicitación para que ese milagro del alumbramiento suceda y no se aborte.

La primera característica de esta solemnidad es, pues, que estamos ante un misterio de obediencia: «*Cuando el Señor entró en el mundo dijo (...): "Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad"*». Así comienza la celebración de este 25 de marzo. Obediencia del Hijo al Padre, de María a la voz divina, obediencia nuestra al designio salvador de Dios, que ha pensado en cada uno de nosotros desde toda la eternidad, que nos ha amado en su Hijo bien amado, y que ha pensado en nosotros. Nuestra vocación es sencilla y sublime: hacernos semejantes al Verbo de Dios en su naturaleza divina, al que es Dios y Hombre verdadero. ¿Queremos mejor señal que ésta? No la hay en el cielo y en la tierra: es la señal/signo de la

*hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho»* (Carta a Diogneto, V, 6-7). Pero también han escuchado desde antiguo: «*No rechazarás al necesitado, sino que comunicarás en todo con tu hermano y de nada dirás que es tuyo propio. Pues si os comunicáis en los bienes inmortales, ¿cuánto más en los mortales?»* (Didajé o Doctrina de los Doce Apóstoles, IV, 8).

Pero no nos oponemos al aborto y a otros ataques a la vida humana, a toda injusticia contra la vida de los niños, jóvenes y mayores, sólo porque somos cristianos; además lo hacemos porque es injusto y un ataque contra la dignidad de las personas. Y personas son todos los humanos desde que son engendrados, y ni las mujeres ni los varones tienen derecho al aborto. Eso, a pesar de que sea presentado como moderno y progresista, se vuelve contra los humanos, es una hipocresía y es ver el problema de los embarazos no deseados únicamente desde un solo ángulo, con el ojo miope, por cierto. Es un asunto muy complejo como para que una posible ley injusta diga que lo resuelve. «*Ninguna mujer debe ir a la cárcel por abortar*», hemos oído. ¿Ha ido encarcelada alguna por abortar en los últimos 25 años? Toda Europa sabe de la permisividad que se da en España en el tema del aborto.

«*Hay que desdramatizar el aborto y la eutanasia*», se nos dice. Ese verbo, que viene del francés, viene a significar quitar pasión o virulencia a un asunto, o no darle importancia. ¿Quién tiene que desdramatizar? ¿Lo ha hecho la comisión de expertos, que ha presentado al Congreso de los Diputados sus conclusiones, que las ha aprobado de cara a la posible ley del aborto? Para nada. Lo que han hecho es intentar sacar el aborto del Código Penal, para que no moleste. Otra de las razones aducidas para aprobar un aborto libre es que «*hay que acomodarse a la realidad*», a lo que sucede cada día, ampliando los derechos de los ciudadanos. ¿Qué derechos? ¿Puede ser un derecho abortar? ¿Nos acomodamos a la realidad en otros campos del actuar humano? Real es la violencia machista; real es el paro; real es la creciente falta de recursos en una España que no iba a sufrir en la crisis. Real es la falta de valores; real es esa mujer que, queriendo tener su niño, no sabe dónde acudir porque los poderes públicos no piensan mucho en esas situaciones.

Comprendo que una persona, por haber carecido de posibilidades, no tenga idea de lo admirable que es la vida. Comprendo que muchos no hayan podido cultivar su sensibilidad y no distingan la más bella

¿Qué hemos de hacer, hermanos? Orar, sin duda. Y esa es la campaña que, durante un año, os pido que hagáis. Orar a Dios, a Jesucristo, a la Madre del Señor que acogió la vida de la existencia humana del Señor, Dios y hombre verdadero. Oración intensa, fuerte, confiada e incesante. Pero también hay que hacer otras cosas. Por ejemplo, ganar la batalla al emotivismo que se esconde en nosotros, en nuestras casas, en nuestros hijos; no dejar que las pseudoverdades nos venzan y ganen nuestra mente y nuestro corazón. Sabed que, por tantas causas, la mayoría de nuestros cristianos jóvenes, vuestros hijos y nietos, aceptan con un sentimiento afincado en su interior el aborto, sobre todo, el de los niños en embarazos no deseados; que la sensibilidad de cuya ausencia nos lamentábamos antes es el lugar por donde viene la aceptación de la cultura de la muerte. Lo saben bien los *mass media* dedicados a estos menesteres.

Podemos hacer más de lo que creemos. Tenéis la fuerza de la razón humana, de la gracia de Dios, para ofrecer debates y acciones perfectamente democráticas. Debemos, además, siempre pensar, leer, preparar bien las oportunidades. Quiero terminar con una observación que nos puede proporcionar razones para no interrumpir ese proceso de la vida que comienza con la generación de un nuevo ser. El argumento que más puede impresionar a nuestra sociedad es la fuerza que tiene en los seres humanos la *obligación moral*.

Una obligación presente tanto en el niño que se queja porque algo «*no es justo*», como en los debates éticos de la medicina o en la invocación de la Derechos Humanos que nadie en su sano juicio puede negar. Un deber moral exclusivo del hombre y mujer, imposible de explicar con el esquema evolucionista de la selección natural, pues pide a un médico curar al enfermo, intentar una recuperación del que se muere y salvar a uno que se está ahogando, incluso si es mi enemigo y arriesgo mi propia vida. Esta ley moral no es específica de ninguna cultura, y no es, por ello, un producto cultural, como pueden serlo las lenguas habladas por los hombres. Entonces, si no procede de la cultura ni de la biología, ¿de dónde procede?

Dios nos dé capacidad para ver tanta belleza en la vida humana; Él os guarde en su paz, hermanos.